

Una tarea decisiva

Escrito por Guillermo Fabela Quiñones
Viernes, 15 de Mayo de 2009 23:08

“ESCENARIOS DE LA DESCOMPOSICION”

GUILLERMO FABELA QUIÑONES

MI SALUD VA DE MAL en peor y ya no le encuentro sentido a mi trabajo. Los días comienzan cada vez más grises, lo bueno es que se van también más rápido, como si el tiempo fuera una ilusión que se esfuma durante las horas muertas en espera del patrón. Es verdad que cansa más no hacer nada, dejar que la cabeza se la pase ideando pendejadas que acaban poniéndome más tenso de lo que de por sí estoy desde que amanece.

ES EN ESAS HORAS de inacción cuando me pongo a pensar en la inutilidad de mi existencia, viviendo sin temor a Dios. Entonces me doy cuenta que desperdicié la vida, que el dinero de nada sirve cuando se trae un vacío dentro del pecho que sólo desaparece, para volver con más fuerza, al momento de meterle al cuerpo todo tipo de tiznaderas. Me gustó la vida fácil, a pesar de los consejos de mi padre, y ahora me doy cuenta que tomé la senda más directa a mi destrucción. Antes me valía madres, no sólo porque no tuviera tiempo de pensar, sino porque no sabía lo que era la conciencia. Vine a saberlo cuando perdí a mi esposa y a mis tres hijos, víctimas de una venganza que yo mismo provoqué. De esto hace ya cinco años y todavía siento como si ese crimen hubiera sido ayer. No los puedo olvidar, por más esfuerzos que hago, por más que gasto en putas y en cocaína, por más que trato de pedirle perdón a Dios por mis pecados.

No me perdona, lo sé muy bien, porque estoy arrepentido a medias. Lo digo porque es la verdad: no puedo dejar de ser un pecador, un verdadero hijo de la chingada, como lo prueba el que siga trabajando con un hijo de puta peor que yo. ¿Por qué lo hago sabiéndolo con plena conciencia? Nomás por darme en la madre yo mismo, no hallo otra explicación. Lo curioso del caso, es que hoy que busco la muerte me rechaza, mientras que antes, cuando me excedía en cuidados y precaución, me pasaron varios percances muy cabrones; si salí bien librado a final de cuentas, fue porque Dios me tenía reservada la prueba que estoy pasando; aún no quería mandarme al infierno. En tres ocasiones estuve al borde de la tumba, con heridas mortales por necesidad, y sin embargo salí adelante, lo que me hizo creer en la “Santa Muerte”, y a partir de entonces me convertí en ferviente adorador de ella. Por más que intenté que mi esposa creyera en el poder de la imagen esquelética, nunca me hizo caso y las consecuencias no se hicieron esperar: murieron ella y mis pobres hijos del modo más atroz y cobarde: los llenaron de balas cuando los llevaba a la escuela, y todavía tuvieron la desfachatez de darles el tiro de gracia. Ni siquiera tuve oportunidad de darles cristiana sepultura, pues de haberme presentado al sepelio, como lo esperaban mis enemigos, habría sido presa fácil y no lo estaría contando ahorita.

Una tarea decisiva

Escrito por Guillermo Fabela Quiñones
Viernes, 15 de Mayo de 2009 23:08

